
SERMON

DE LA

PRECIOSA SANGRE DE N. SR. JESUCRISTO

PRONUNCIADO EN LA CIUDAD DE ATLIXCO
EL 11 DE JULIO DE 1880 EN LA SOLEMNE FIESTA QUE A SUS EXPENSAS
HIZO EL SR. D. ANTONIO SEERANO

POR J. M. GARCIA MENDEZ

CURA INTERINO DE SAN MARCOS DE PUEBLA

*Sanguis ejus super nos et super Filios
nostros.*

Caiga su sangre sobre nosotros y sobre
nuestros hijos.

S. Math., cap. XXVII, v. 25.

Al ocuparme, señores, del misterio mas inefable de los consejos eternos, á saber: la redencion del género humano por medio de la efusion de la sangre preciosa del unigénito de Dios, mi primera emocion es, humillarme y confundirme á la consideracion de la incredulidad y obstinacion con que el pueblo predilecto para quien estaban reservadas las primicias de este beneficio, correspondió á tan inmensa bondad y amor, negándose á reconocer y recibir al Mesias, nacido en su seno y de la sangre de uno de sus patriarcas mas insignes.

Era el pueblo hebreo el primogénito de la gran familia del mundo: estuvo, durante tres mil años, en posesion de los lugares que habian sido la cuna del género humano: fué destinado desde un principio para ser (por una especie de presuncion) el confidente del Padre celestial, con la obligacion, empero, de dar cuenta de los dones recibidos en el gran día de la apertura del Antiguo Testamento del cual llegó á ser ejecutor universal, constituyéndose en instrumento de misericordia y de justicia.

Mientras todas las naciones de la tierra marchaban ciegas por la estrecha senda de sus intereses individuales: mientras sus escuelas se contradecian reciprocamente por la oposicion de sus respectivas doctrinas, y su política, su religion y su filosofía divagaban por caminos aislados y sin salida, el pueblo hebreo solo tiene una doctrina, una política, un destino, una idea fija: es la de anunciar, simbolizar y esperar al Mesias. Preocúpale solo este grande objeto: nada es capaz de distraerle ni desviarle de él durante la larga série de treinta siglos, dentro de los cuales Abraham, Jacob, Moysés, David, Isaias, Daniel y tantos otros patriarcas, legisladores, reyes y pontífices, solo aparecen de tarde en tarde, para repetir y reanimar la grande esperanza de su divino objeto. Y este pueblo, que en sus mas bellos dias de poder y de gloria, en tiempo de David y Salomon, nunca pensó en pretender que el Mesias debia entonces aparecer; ni jamás desesperó de verle en sus mayores aflicciones en tiempo de Daniel y de los Macabeos; este pueblo, en el momento supremo de la aparicion de Jesus; cuando las semanas proféticas estaban cumplidas; cuando en la persona de ese hombre extraordinario y divino estaban resumidas las señales de todos los oráculos y el mundo habia llegado al punto mas abyecto de depravacion, en que era necesaria una regeneracion completa para sacarlo de la sombra de las tinieblas; entonces le desconoce al través de las circunstancias de su aparecimiento, veladas con un doble y contrapuesto carácter de debilidad y de fuerza, de humillacion y de glo-

ria, de sufrimiento y de felicidad. Se dividieron sus opiniones, y siguiendo éstas su curso de las pasiones humanas, los falsos doctores rompieron las predicaciones de los profetas y se inclinaron á esperar la venida de un dominador y conquistador, rodeado de fuerza, de gloria y de felicidad, por cuyos medios, y nunca por la humildad, los ultrajes y el sacrificio, cumpliera la promesa de un Mesías, salvando las almas y reformando el mundo. El Hijo de Dios vino á los suyos y los suyos no le recibieron (1). El pueblo hebreo se obstinó en su ceguedad: maldijo á los que creyesen en el tiempo de la venida del libertador deseado; y á su presencia se convirtió en su acusador y en su verdugo, y así abdicó las primicias de los beneficios de la redencion, en favor de otro pueblo menos privilegiado, menos escogido; pero mas creyente, mas dócil y mas fiel, nacido al pie de la Cruz del Gólgota, y vivificado por la sangre divina de una victima, cuyo sacrificio reasumió todos los sacrificios antiguos, todos los holocaustos y todas las ofrendas con que se pretendia aplacar la justicia del cielo.

Al caer la preciosísima sangre de Jesus sobre la tierra ingrata de Jerusalem, y al acabar de verterse en la cima del Gólgota, maldicion eterna cayó tambien sobre el pueblo ingrato que olvidando su predileccion, su destino y su gloria, se convirtió en pueblo deicida; y sobre su crimen y su rebeldia brotó otro pueblo que acogió humilde la voz de los patriarcas, que en la persona de un proscrito, pendiente en el patibulo de los esclavos, reconoció al justo, que segun David (2) debía ser desechado, acusado y atormentado de mil maneras: al que segun Isaías (3) sería negado, ultrajado y escarnecido: vendido segun Zacarias (4) y segun Daniel (5) muerto y glorioso en su sepulcro, de donde saldría triunfante de la muerte, enca-

(1) Joan. I, XI.

(2) Salm. 117, 40, 68.

(3) Cap. LIII.

(4) „ XI.

(5) „ XI.

denaria el poder del demonio, abriría el paraíso celestial á todas las naciones á quienes venia á redimir. Y en el sorprendente contraste de destinos que estas dos historias principales de la humanidad ofrecen á la historia de su rehabilitacion, yo debo exclamar, no con el espíritu de los obstinados enemigos de Jesus, sino con el fervor y la fe del pueblo cristiano, cuya confianza se apoya en ese Ariel (1) donde el Unigénito de Dios se sacrifica por los hombres, yo debo exclamar: “*Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos,*” porque en verdad, señores, en cumplimiento de esta terrible imprecacion, la Sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo se vertió sobre la tierra, cayendo sobre el pueblo judío para su confusion y exterminio en castigo de su incredulidad; y sobre el pueblo fiel para su prosperidad y salvacion, en premio de su fe. Esta idea, hija de nuestra creencia, necesidad para desenvolverla, cuanto me sea dado, de la proteccion y auxilio de la que fué el fundamento mas sólido y principal de la fe cristiana; la Virgen María Madre de Dios, á quien invocaremos sumisa y reverentemente.

AVE MARIA.

—♦♦—
Sanguis ejus, etc.

Sin pretender penetrar los arcanos de la Providencia sino hasta donde nos es permitido, bien puede decirse con un filósofo cristiano (2) que si la rehabilitacion del género humano hubiese sucedido inmediatamente á la caida

(1) Era el nombre del altar de los holocaustos.

(2) Augusto Nicolas. Estudios filosóficos.

de su jefe, no hubiéramos conocido nunca su verdadera importancia, concebido toda su necesidad ni comprendido sus prodigios. Hubiérase confundido con la creación misma y hubiéramos creído tenerla por derecho de naturaleza y no por el beneficio voluntario de la gracia de Dios. Convenía, en efecto, que la tierra conociese y sintiese por muchos siglos su mal, para que pudiese desear y apreciar su remedio. Convenía que el linaje humano experimentase su miseria é impotencia, para sacar de sí mismo el medio de expiación que nunca debiera ser menos que por el sacrificio de una víctima santa, sustituta y sangrienta.

El linaje humano había pecado contra Dios en el primer hombre y no podía rehabilitarse sino redimiendo su falta por medio de un sacrificio que fuese bastante eficaz para expiarla, y era necesario que la igualase en importancia. La falta era infinita, pues que había violado á la justicia infinita de Dios. Así debía ser la víctima que se ofreciese en sacrificio para la expiación del pecado. El hombre era finito por naturaleza: llegó á serlo aun más por el pecado: no podía encontrar en sí mismo la expiación reclamada por la justicia infinita y por consiguiente divina. Solo Jesucristo, unigénito de Dios, pudo ser una víctima infinita: víctima como hombre: infinita como Dios. Y este fué el primer carácter de su sacrificio, al cual estaba vinculada la salvación de la humanidad. También fué sacrificado Jesús, como víctima sustituta del hombre culpable, derramando sobre él todos los méritos de su sacrificio. ¿Quién pudiera decir, sin enorme blasfemia, que el Hijo de Dios fuese pecador? ¿Quién pudiera negarle el derecho con que dijo á los fariseos: *Quién de vosotros me acusará de pecado?* ¿Y quién, por último, puede desconocer en Jesucristo la víctima inocente que en tono profético descubría Isaías (1), diciendo: "Tomó sobre sí nuestras enfermedades: cargó con nuestros dolores y sobrellevó las iniquidades de todos los hombres."

(1) Isaías.

Su sacrificio fué, finalmente, sangriento. No bastó que el Verbo de Dios se sacrificase en la anonadación de descender del seno de su Padre á encarnar en el de una mujer: no bastó que su divinidad se velase revistiéndose de la humanidad culpable: no bastaron las humillaciones á que se sujetó desde su nacimiento en un establo hasta su muerte en una Cruz: no bastaron, por último, todos los sacrificios de suprema dignidad que su magnánimo corazón sufrió en las contradicciones, oprobios, blasfemias é improprios con que cada día le alligian sus enemigos: era necesario que su sacrificio reasumiese en la verdad, todas las condiciones de los antiguos que prefiguraban el suyo y que éste fuese cruento. Y lo fué realmente. Y lo fué hasta el extremo de verterse toda su sangre; y lo fué para que así como con la sangre de Adán circuló el pecado en todos los miembros de su posteridad, así la sangre del nuevo Adán Jesucristo, como representante de la naturaleza humana, expiase la culpa; y como representante de la naturaleza divina, lavase los pecados del linaje humano: dos efectos tan íntimamente unidos entre sí, como lo están las dos naturalezas de donde proceden y que solo pudieran encontrarse en la persona de Jesucristo.

Estas ideas, señores, que mi pobre razón ha podido combinar y mi voz apenas bosquejar, mi fe las adopta como principios en que pudo apoyarse el plan divino de la redención de la humanidad por medio del sacrificio de Jesucristo: principios que sin embargo de hallarse desenvueltos en tono profético en los libros sagrados por los oráculos del testamento antiguo, desde Jeremías hasta Daniel y desde Oseas hasta Malaquías, fueron olvidados por la gran familia á quien escogió Dios para ser depositaria de la palabra escrita y para testigo del tiempo en que había de tener cumplimiento. Por ese pueblo cuya misión exclusiva era el saber y comprender los designios de la Providencia á quien por tanto pudiéramos llamar con San Agustín el gran profeta único, cuya esperanza era una herencia nacional que cada generación

trasmítia á la siguiente, aproximando los términos de su cumplimiento. Y cuando el Mesías vino á la tierra y los astros le anunciaron los representantes de naciones remotas, le hablaron y adoraron; los ángeles le asistieron y la naturaleza toda, con su lenguaje mudo, pero elocuente, entonaba el himno de alabanza al venido en el nombre del Señor. Entonces ese pueblo comenzó á fluctuar en su fe: dudó de las predicciones repetidas mil veces y sostenidas por las tradiciones mas venerables, se burló hasta de los vaticinios profanos que parecían en misteriosa concordancia con los divinos, y rompió la unidad de la espectacion comun.

Mas adelante, cuando el Mesías, que en su niñez y juventud habia vivido oculto y apenas se habia dado á conocer por medio de la revelacion á algunos varones justos: cuando salió á la luz pública al trato comun de los hombres para mostrarles, personificados en él, los vaticinios y los deseos, para comunicarles las verdades eternas y revelar los designios de la Providencia, tanto á sus discípulos como á sus enemigos, y comprobarles con su santa vida y sus milagros que era él el prometido y deseado, el sujeto y objeto de la espectacion de treinta siglos, entonces, la mayor parte de su pueblo le desconoce y se niega á recibirle. Todos los fariseos y falsos doctores de la ley; todos los pontífices, le hacen objeto de sus miradas, y en vez de confrontarle con los sagrados vaticinios que lo habian descrito palpablemente, echan de menos en su persona un tipo, que solo sus afecciones carnales pudieran haber forjado en su imaginacion. Ellos esperaban un conquistador soberbio, un príncipe que rodeado de fuerza y de esplendor, viniese á dominar las naciones; y el Hijo de Dios, á la manera de un Soberano que por razon de estado evita entrar en sus dominios por el rumbo en que se le está esperando, no hizo su entrada al mundo por el arco triunfal de las grandezas humanas, sino que sale de la humillacion y oscuridad de la vida privada, á la sencillez y moderacion de la vida pública.

Irreprensible y santo, colmando la tierra de sus beneficios, reformando las costumbres y poniendo freno á las pasiones, él se hace objeto de la persecucion de sus enemigos: le censuran y le acechan, le zahieren y le blasfeman, le desprecian y le infaman. El que mas le tolera le llama el hijo del modesto carpintero de Nazareth. El que mas le honra le confiesa dotado de ingenio, pero despojado de todo brillo semejante al resto de los hombres, y por tanto indigno de fe. El que menos le insulta, le llama un astuto embaucador del pueblo y atribuye á Belcebub sus milagros. Los que le envidian le abaten y desprecian; y los que le temen, le cubren de todo el oprobio del crimen. Rodeado de los falsos juicios de los hombres, pero siempre virtuoso, siempre santo, le hacen pasar por inicuo y perverso. Le prenden con alevosia para entregarlo á los mas atroces ultrajes y duros tormentos, y ved luego á sus inicuos enemigos que habiendo empleado inútilmente las calumnias y las amenazas para arrancar á Pilatos la sentencia de muerte de Jesus, ahora recurren á una conmocion popular; y los que afectando celo hipócrita por el orden público pedian la muerte del Salvador por sedicioso, hoy organizan una sedicion pronta á estallar, si el magistrado no cede á sus exigencias. No les acalla la inocencia de Jesucristo proclamada por ese mismo juez: no les intimida una ceremonia misteriosa y nueva hasta entonces, que consiste en lavarse Pilatos las manos despues de haber firmado la inicua sentencia, exclamando en alta voz ante el pueblo: "*Yo me declaro inocente de la sangre de este justo: vosotros responderéis de la iniquidad que cometeis* (1)." ¡Pueblo obstinado! ¡Pueblo ingrato! Mientras Pilatos protesta solemnemente que está inocente de la sangre que va á derramarse, el pueblo, amotinado ante el palacio del gobernador é instigado por los enemigos de Jesucristo, redobla sus esfuerzos, y con grito unánime exclama: *Crucifige, Crucifige*. "Cai-ga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos." *Sanguis ejus, etc.*

(1) Math. 27, 24.

¡Petición criminal! ¡imprecación impia! ¿Con qué vosotros, ¡pueblo antes predilecto de Dios y hoy pueblo ingrato y rebelde! vosotros responderéis voluntariamente de esa sangre que va á derramarse, de esa sangre sin mancha, de esa sangre divina? ¿Vosotros consentís en que la venganza del cielo caiga sobre vuestras cabezas y las de vuestros hijos? ¿Vosotros aceptáis ese crimen horrendo, con toda su responsabilidad y odiosidad? ¡Impíos! Sucederá lo que deseáis: esa imprecación infernal tendrá eco terrible en toda la tierra: vuestro deseo sacrilego será satisfecho. La única parte que pedís de esa sangre, es el placer cruel de derramarla: esa parte os será concedida.

Esa sangre divina caerá sobre vosotros; pero será para perderos en vez de salvaros. Caerá sobre vuestra opulenta capital, que será destruida y no quedará piedra sobre piedra. Vuestro templo será profanado y derribado: vuestros hijos y esposas entregados á la servidumbre de un tirano, y vuestros campos talados y esterilizados por muchos siglos. Caerá también sobre vuestros hijos, quienes se verán envueltos en vuestro crimen y en vuestra maldición. Ella imprimirá en sus frentes la marca del deshonor y de la infamia. Sin nacion propia y sin religion, diseminados y fugitivos por toda la tierra, como Cain, seréis aborrecidos de Dios y de los hombres. Andaréis errantes por todo el mundo, sin hogar, sin amigos, y vuestra espectacion será burlada. Todos los pueblos de la tierra, se cubrirán de horror á la vista de vuestros hijos y descendientes: volverán sus ojos para no verlos, porque verán escrita en su frente con caracteres de sangre esta palabra indeleble..... ¡Pueblo deicida! Caerá, dentro de pocas horas, sobre vosotros la sangre del enviado de Dios; y á su muerte el mundo se cubrirá de densas tinieblas: la tierra se conmoverá violentamente: las rocas se abrirán: los sepuleros arrojarán de su seno los cadáveres: el velo del templo se rasgará, y toda la naturaleza se estremecerá al ver consumado vuestro crimen en la persona de su Criador. Y vosotros ¡impíos! confu-

sos y arredrados al frente del gran cataclismo que jamás viera el mundo, descenderéis medrosos del Gólgota, teatro de vuestro horrendo crimen, á cumplir sacrilegamente el precepto pascual, y dándoos golpes de pecho diréis inútilmente: "Verdaderamente era este el Hijo de Dios." *Vere filius Dei erat iste* (1). Entretanto, nosotros los cristianos, los hijos del Calvario, los hijos llamados y regenerados por la virtud de esa sangre preciosísima, convirtamos el insulto en homenaje, la imprecación en súplica, y digamos á Jesus: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Derramadlo en nuestro espíritu para iluminarlo, en nuestro corazon para convertirlo, en nuestra alma para purificarla, en nuestros hijos para santificarlos y en nuestro suelo para inundarlo de fe, de esperanza y de caridad. Estos son los fines de la misericordia de nuestro Redentor para el pueblo cristiano. Veámoslo brevemente. Uno de los caracteres que mas resaltan en la expiacion de Jesus, es la universalidad de su sacrificio. Su sangre adorable se vertió por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular.

Cada uno puede ver y distinguir su individualidad, en la generosidad de aquel sacrificio. Por su medio se estableció una relacion directa y un comercio íntimo de gratitud y de amor, entre cada uno de nosotros y la Victoria suprema que se inmoló solo por amor á los hombres. Es por esto por lo que la Providencia dispuso que este sacrificio tuviese lugar en el monte Calvario. Todos los evangelistas unánimemente convienen en esta circunstancia. ¿Sabeis, señores, por qué están ligados en gran parte, la grandeza, la importancia y los efectos del sacrificio del Redentor, á la circunstancia del lugar de su muerte? Escuchad: El monte Gólgota que se llamó monte Calvario (2) ó el lugar de la calavera, fué el sacro monte en el cual Abel, Noé, Melquisedec, Abraham, Josué, David, Salomon y todos los pontífices descendientes de Aron,

(1) Math. 27, 54.

(2) Id. id. 33.

ofrecieron á Dios sacrificios; cada uno de los cuales representaba una de las particularidades del de Jesucristo y todos le figuraban.

Hay mas. En ese mis no monte, segun el testimonio de un intérprete (1), depositó Noé, al salir del arca, los restos del primer padre del linaje humano, que habia guardado en ella para salvarlos del diluvio: los restos del primer barro, organizado por las manos de Dios y vivo por su insuflacion divina; y esa calavera, esa cabeza angusta que se descubrió y exhumó de la fosa que cavaron los verdugos para sentar la Cruz del Redentor, es la de nuestro primer padre, la del primer pecador: la calavera de Adán, de donde tomó el nombre de Monte. Allí en el monte, donde fué sepultado el primer pecador, que inculó á toda su posteridad, allí padece y muere Jesucristo; y su sangre preciosa riega esta tierra, á fin de que el polvo del viejo Adán, mezclado con la sangre de Jesucristo, pueda ser purificado con la virtud del agua divina y de la sangre santa que se vierte y cae en el vértice de ese cráneo, que parece que la casualidad abandona al pié de la Cruz. No fué el acaso: fué el designio de Dios, que para indicarnos la generalidad del sacrificio de su Unigénito, quiso que toda su sangre se vertiese en el lugar mismo donde de muchos siglos estaba sepultada la cabeza culpable, y donde reposaban, reducidos á ceniza, los restos del cuerpo del primer hombre homicida de su raza. Allí mismo planta el árbol de la vida: allí salta la sangre del Salvador, humeante por el fuego de su amor y de su caridad: allí reanima ese polvo inerte: allí dá la vida y la libertad á todo el género humano; porque así como, segun siente San Pablo (2) y con él todos los doctores é intérpretes, así como todos los hombres estaban muertos en Adán, todos debian renacer en Jesucristo; y despues de las palabras de justicia que pronunció sobre Adán en el paraíso, diciéndole: "Polvo eres y en polvo

(1) Ad Lapide in Math, 27.
(2) Ad Ephes, 5.

te has de convertir (1)," en el Calvario profirió éstas de misericordia: "Levántate tú que duermes el sueño de la muerte: sal de la tumba, hoy que la luz de tu Salvador te llama con toda tu raza á la resurreccion y á la vida." ¡Oh rasgo inefable de la Providencia divina! ¡El autor del pecado, es el primero que participa de la sangre del autor de la justicia! ¡El autor de la muerte vé morir sobre sí al autor de la vida; y la malicia del primer Adán experimenta los méritos de la inocencia del segundo, haciéndonos comprender que en la misericordia inmensa usada con nuestro primer padre, fuimos comprendidos nosotros que somos sus desventurados hijos! ¡Oh inefable misericordia de Dios, nunca bastantemente apreciada ni correspondida!

Mas el pueblo judío, predestinado á gozar de las primicias de este beneficio incomparable, ciego y obstinado en su incredulidad, desprecio los dones del cielo y abdicó su derecho. Cual Esseas vendió á Jacob los derechos de su primogenitura, por una insulsa vianda (2), así este pueblo por su instinto y afecciones carnales, renuncia en favor del otro pueblo menos favorecido los derechos de su primogenitura en el orden de la gracia. Pero era ese pueblo dócil, creyente y humilde, que no juzgándose digno del pan de los hijos de Israel, estaba dispuesto á recoger las migajas que caian de su mesa. Era pueblo que incurcunciso y sin ley, y al cual no fueron confiados los oráculos de Dios (3), guardó la ley en su corazon y de ella dió testimonio en su conciencia. Era pueblo que sin adopcion y sin gloria, sin alianza y sin legislacion, sin culto y sin promesa, descubrió en el mundo al Mesias, le reconoció y le siguió. Era pueblo que segun su mismo Apóstol (4) recibió la salud del pecado de los judíos, para excitarlos á reconocer su crimen y á imitarlo en la fe. Era pueblo prefigurado en el hijo de la esposa libre y es-

(1) Génesis.
(2) Id. 25, 33.
(3) S. Pant. ad Roman, 3, 2.
(4) Id. id. 11.

téril de Abraham, para ser constituido en la nueva alianza del monte Sion y hecho heredero de la celestial Jerusalén, en contraposición del hijo de la esposa esclava y fecunda, constituido en la primera alianza del Sinaí, para ser después exheredado de los derechos de Israel. Pueblo, en fin, que estando de asiento en las tinieblas de la idolatría y en las sombras de la muerte, el gran faro de la fe, elevado en el Gólgota, le sirvió de guía en el proceloso mar de sus errores y le condujo al puerto de salvación. Esta es la estirpe de bendición en la cual se desenvolvió el primer germen del cristianismo.

Dos pescadores humildes, ilustrados por el evangelio santo en la insuflación de Pentecostés, se dividen entre sí todo el mundo en cumplimiento de las órdenes de su Maestro y comienzan á predicar la doctrina que le habían oído, comprobándola con su conducta, con sus milagros y con su sangre. Así comienza y se acaba la conquista del mundo, de ese mundo sumido en los errores de la idolatría y en el desenfreno de las costumbres; y ese mundo se transforma luego al eco de la palabra evangelica y trasformado pertenece todo á Jesucristo y procede de Jesucristo como de una nueva raza. Por todas partes y sobre todas las cosas se planta el instrumento de la expiación: la Cruz. La Cruz poco antes tan execrable y horrible, y después tan adorable y preciosa, como signo del límite de la humanidad antigua, y el punto de partida de la humanidad regenerada. De este signo hace modelo de todas sus acciones, regla de todos sus deberes, origen y adorno de todas sus grandezas, vínculo de todas sus empresas, apoyo y remedio de todas sus debilidades y eterno testamento de toda su actividad.

Hé aquí, señores, los efectos de la efusión de la preciosa sangre de Jesucristo, obradas en la estirpe cristiana por contraposición de la imprecación de los judíos. *Sanguis ejus, etc.* El sacrificio del Calvario, reasumiendo realmente las prefiguraciones de todos los antiguos, una vez celebrado fué bastante para aplacar la justicia de Dios

y borrar todos los pecados del linaje humano. El Hijo de Dios, cuando entró al mundo para iniciar y consumar con el sacrificio de su sangre la expiación, dijo á su Padre celestial: "*Sacrificios, ofrendas y holocaustos por los pecados no quisiste ya, ni te son agradables los que te ofrecen los hombres según la ley. Heme aquí que vengo para hacer tu voluntad. Por esto me has revestido de un cuerpo formado por ti mismo en el que pudiese yo ser sacrificado en lugar de todas las víctimas de la ley antigua: quita y abroga éstos y acepta el que yo te ofrezco por amor (1).*" En esta voluntad, dice San Pablo (2), somos redimidos por la sangre de nuestro Señor Jesucristo, quien habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, hizo perfectos para siempre á los que ha santificado, según el evangelio santo lo había predicho por Jeremías (3), diciendo: "*Yo haré un nuevo testamento con mi pueblo: le daré mis leyes, las grabaré en sus corazones, y nunca jamás me acordaré de sus pecados ni de sus maldades.*" Por eso el mismo Apóstol, excitando á los hebreos, les dice (4): "*Tened, hermanos, confianza de entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo. Emprendamos practicar el nuevo camino de vida, que nos marcó El primero con su pasión. Tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios: sigámosle con todo corazón, con fe cumplida, con conciencia justificada, lavando nuestras almas con el agua de la penitencia. Conservemos firmes la profesión de nuestra esperanza, porque es fiel el que hizo la promesa; y considerándonos los unos á los otros, vivamos vigilantes en el reino de Jesucristo.*"

Este reino es el de la virtud y la verdad en el mas alto punto de unidad, de concentración y de fuerza. Está fundado en el seno de los reinos del mundo, los comprendiendo á todos y en él todos los hombres son ciudadanos y

(1) Salmos 29.

(2) Ad Hebreos, XX, 10.

(3) Jeremías, XXXI, 3.

(4) Ad Hebreos, XIX.

súbditos, y Jesucristo es el soberano. Es el reino espiritual de la cristiandad donde tiene la verdad un solo jefe, un centro único desde donde extiende sus influencias á todos los puntos de la tierra donde hay inteligencias, desde donde dirige las legiones apostólicas dedicadas al culto de un solo Dios. Es el imperio de la Iglesia que no conoce mas de una sola economía, una disciplina, una sola voluntad, un solo lenguaje, una ley que combate, do quiera que los encuentra, el error y el vicio, no sirviéndose mas que de la palabra y del ejemplo, no proponiéndose otra conquista que la del bien, ni esperando mas recompensa de sus sacrificios que la felicidad de los hombres, la tranquilidad de la conciencia, la práctica de la virtud y el cielo. Finalmente, es este reino, segun la frase digna del gran talento de Bossuet, una sociedad que engendra santos; y una sociedad tal está marcada con una señal infalible de regeneracion. ¿Cuál? La sangre preciosísima de nuestro señor Jesucristo.

Tal es, señores, el reino de Dios que su Unigénito vino á establecer por medio de su sacrificio. Inmensa es la trasformacion que El hizo en el mundo moral. Inmensos los socorros que ha dado al hombre caido. Ya no hay mal, por atractivos que tenga, que el hombre no pueda evitar: ya no hay bien, por elevado que sea, á que el hombre no pueda aspirar. ¡Con cuántos prodigios de fuerza moral y de santidad ha sido justificada esta confianza, despues que Jesucristo la alentó con estas divinas palabras: *Confidete: ego vinci mundum!*

¡Cuántos prodigios de pureza y de inocencia en tantas virgenes cristianas: cuántos prodigios de heroismo y de valor en tantos mártires: cuántos prodigios de celo y de caridad en tantos apóstoles, confesores y doctores: cuántos prodigios de abnegacion y de sacrificio á la paz y al consuelo de la humanidad, en tantos sacerdotes, en tantos justos, en tantos cristianos de todas condiciones y cuántos prodigios de arrepentimiento y de reforma moral en tantos pecadores convertidos! ¡Ah! si pudiéramos ver de

una manera sensible el mundo de las almas: si pudiéramos abrazar con nuestras miradas todas las virtudes que han florecido, todo el mal que ha sido extirpado, todo el bien que ha recibido el mundo desde el sacrificio del Calvario, ¡con cuánto fervor y espontaneidad tributáramos á nuestro Dios las mas sinceras gracias de amor y reconocimiento, porque en sus consejos eternos estuvo dispuesto que la sangre preciosa de su Unigénito cayese sobre todo el género humano para su prosperidad y santificacion! *Sanguis ejus supra nos et super filius nostros.*

¡Dios y Redentor mio misericordiosísimo! derramad vuestra sangre preciosa é inocente sobre todo el linaje humano para su justificacion. Haced que ella nos libre de los castigos temporales y eternos que hemos merecido por nuestras culpas, como en otro tiempo la sangre del Cordero con que fueron marcadas las casas de los israelitas en Egipto, los salvó de la cólera del Angel exterminador. Haced, Señor, que ese pueblo de Israel, de quien un dia dijisteis: *Israel es mi hijo y mi hijo primogénito*, cuando se cumpla la plenitud de los tiempos os dignéis congregar sus dispersiones, que en el mundo vagan sin ley, sin religion y sin destino, y se reúna á la Iglesia Católica en la cual reconquiste su fe y rectifique su esperanza. Haced, finalmente, Señor, que esa sangre de valor infinito que aun humea en el Calvario, desde donde nos proclama paz, amor reciproco y caridad fraternal, nos una en los verdaderos intereses de la Religion y de la Patria, y en esta concordia, en esa fraternidad, os dirijamos este himno de reconocimiento: ¡Os damos gracias, Dios de infinita bondad, por haberos dignado redimirnos con vuestra sangre preciosa dándonos de ese modo un derecho sagrado á vuestro reino celestial!

SERMON
DE LA
PRECIOSA SANGRE DE CRISTO

PREDICADO EN LA IGLESIA
DEL ORDEN TERCERO DE GUANAQUATO

POR EL R. P. FRAY JOSE M. ROLDAN

DEL CONVENTO DE SAN DIEGO, EN 1826

Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exiit sanguis et aqua.

Un soldado le abrió el costado con una lanza, y luego salió sangre y agua.

S. Juan., cap. XIX, v. 34.

Cuando veis, hermanos míos, con atenta devoción, la religiosa ceremonia que en virtud de su ministerio sacrosanto practican los fieles ministros del Altísimo; cuando veis que colocados en medio del altar en que se adora al verdadero Dios de los ejércitos, toman con sus manos consagradas el verdadero libro de los Evangelios, y vueltos hacia el pueblo entonan en voz alta y majestuosa la cláusula del evangelio de San Juan en que se describe la efusión prodigiosa de la sangre del Cordero divino Jesucristo Señor Nuestro, crucificado en la eminente cima del Calvario como víctima de expiación y de propiciación por las iniquidades de los hombres; cuando esto veis, no

podeis dejar de representaros en esta memoria la escena misteriosa que se representó en el Sinai, cuando puesto Moisés junto al altar que por orden de Dios se había erigido en la falda de aquel famoso monte y tomando en sus manos las tablas en que estaban escritos los preceptos y las leyes fundamentales de la nación judáica, las leyó en alta voz, de modo que todos las oyesen; y tomando despues el misterioso hisopo entretregido con la purpúrea lana y empapado en la caliente sangre de las víctimas que se acababan de inmolar, roció con ella á todos los hebreos: *Moysi vero, sumptum sanguinem respexit in populum.*

Así me lo imagino yo, hermanos míos, porque instruído en la doctrina de San Pablo y persuadido por la fe de que cuanto pasaba á los hebreos era sombra y figura de lo que habia de suceder á los cristianos: *Omnia in figura contingebat illis*, debo reconocer y confesar que toda aquella multitud de ceremonias y de ritos que prescribía la ley, la escrupulosa exactitud con que se practicaban, y sobre todo las expresiones fervorosas y patéticas con que terminaba Moisés la ceremonia diciendo á los hombres: “Esta sangre que acaba de teñiros y empaparos, es la prueba mas fiel y el testimonio mas seguro de la alianza que quiere Dios establecer perpetuamente con vosotros: *Hic est sanguis foederis pepigit Dominus vobiscum.* Todo esto se ordenaba para representarnos el misterio que hemos venido á celebrar en este templo.

La causa principal de aquella ceremonia era la sangre de las víctimas que se sacrificaban. No porque esa sangre inanimada é insensible de los animales tuviese algunos títulos que la hiciesen recomendable y acreedora á la veneración de los hebreos, sino porque era simbolo y figura de la deífica sangre que habia de derramar, despues de muchos siglos, en las aras de la resignación el Hijo de Dios Padre por voluntad divina.

En efecto, señores, los designios que ya tenia formados Dios desde la eternidad de convocar á los pueblos y

naciones todas de la tierra para formar una Iglesia sola, y unir las con el vínculo indisoluble de la fe, en una sola verdadera, católica y cristiana religión, no se podían llevar á la debida ejecución sino por virtud de aquella Sangre que habia de derramar sobre el altar sagrado de la Cruz, el Cordero sin mancha, Jesucristo. Esta divina Sangre debia ser la que aboliese la monstruosa infinidad de religiones falsas y engañosas que reinaban por todo el mundo, y la que destruyese los altares que ocupaban las mentidas deidades de la gentilidad, para que en todas partes fuese solo reconocido y adorado el verdadero Dios, y á él solo se ofreciesen los incienso que sacrilegamente se quemaban al demonio.

Esta divina sangre habia de ser la que á pesar del bélico furor de los romanos, del presuntuoso orgullo de los griegos y de la grosera estupidez de los indios, habia de sujetar al majestuoso imperio de la Cruz los imperios mas opulentos de la tierra; y á pesar de la posesion inmemorial que pretendia sobre los corazones de los hombres el engaño, y á pesar de la corrupcion universal de las costumbres, habia de hacer que amaneciese para los mortales la clarísima luz de la verdad.

Correspondió el efecto á los deseos del Todopoderoso. La sangre del Cordero immaculado, Jesucristo, levantando la voz mucho mejor que la de Abel, se dejó percibir del Eterno Padre, y obró tan estupenda metamórfosis en la tierra, que aquella religion humilde, despreciada y abatida, que solo se componia de doce pobres pescadores rústicos y groseros, se extendió prodigiosamente por los cuatro ángulos del mundo, y sujetó á las voces de su imperio á los príncipes y á los monarcas. Tal es el asunto á que se ha de enderezar en este breve rato mi discurso, haciéndoos ver los triunfos de la Sangre Preciosísima de Jesucristo. Para esto necesito que tú, Purísima Princesa, en cuyo seno virginal se labró esta Sangre Preciosísima, me concedas el auxilio divino de la gracia.—AVE MARIA.

Por mas grandes que fueren los favores de que llenó el Señor á su escogido en el desierto antes de su divina Encarnación; por mas extraordinarias y excesivas que fueren las finezas que ejecutó con él en testimonio de la especial predileccion con que lo amaba; y por mas abundante, en fin, y prodigioso que fuere el cúmulo de beneficios y mercedes que derramó sobre los israelitas en abono de la amorosa protección con que los amparaba, no por eso se hacia el Señor objeto de su benevolencia y de su amor, sino solo de su respeto y temor.

Aquellos formidables y espantosos nombres con que queria ser conocido de las gentes, unas veces como Dios de las venganzas, otras como Dios y Señor de los ejércitos, otras como fuerte y poderoso; todos estos nombres, al paso que infundian en los humildes corazones de los hombres profundos sentimientos de temor y reverencia hácia su soberana Majestad, los dejaban en cierto modo engañados y alejados del tiernísimo y dulce afecto de amor. Oculto y escondido debajo de los velos oscurísimos de su divinidad, no se dejaba ver de sus criaturas sino con una especie de desdén mas á propósito para hacerse temible y espantoso, que querido y amado.

En consecuencia de esto, si queria conferir con alguno de aquellos padres y patriarcas del Testamento Antiguo negocios importantes de su Sabiduría, no era el Señor quien inmediatamente lo trataba, sino que iluminando á algun espíritu de la mas alta jerarquía, éste era quien hablaba y quien articulaba las razones que Dios ponía en su boca para la conclusion de aquel negocio. Si resolvía comisionar á algun campeon ilustre para alguna expedicion brillante de su divina providencia, no bajaba en persona, sino que, valiéndose del ministerio de algun ángel, á él le daba las facultades y los poderes necesarios para desempeñar debidamente aquella comision. Finalmente, como la voz de Dios no se escuchaba sino entre relámpagos y truenos, ninguno habia que no estuviere persuadido en aquel tiempo de que era consecuencia in-

dispensable y necesaria entre los hombres ver la cara á Dios y morir al punto. *Non videt me homo et vivet.*

No era dable que un modo de tratar con sus criaturas, tan austero y desdeñoso, se acomodase al génio de aquel Dios cuya naturaleza es el amor y cuya propiedad inseparable es la misma amabilidad. Por eso, conociendo que su grandeza misma le estorbaba, y que la alta y sublime divinidad de su infinito sér le era un infinito estorbo, resuelve desnudarse del brillante esplendor de su divinidad y despojarse del pomposo caudal de luces y fulgores que rodeaban el majestuoso trono de sus glorias, para acomodarse á la debilidad y á la flaqueza de la carne y hacerse visible á nuestros ojos.

Efectivamente, aquel Dios que tenia colocado su doel en el lugar mas eminente y encumbrado del Empireo; aquel Dios que con un acto solo de su divina voluntad dió el sér á las criaturas todas que componen la máquina admirable y portentosa de este mundo; aquel Dios cuyo brazo omnipotente carga sin fatigarse ni agobiarse la inmensa penumbra de los cielos y la tierra, y á quien rinden vasallaje humilde desde el mas vil gusano hasta el mas encumbrado serafin de las alturas; ese mismo Dios se abate y anonada; y vestido de un cuerpo material y corruptible, de la misma naturaleza que es el nuestro, pinta en los delicados vasos de sus venas un copioso caudal de sangre nobilísima, suficiente no solo para pagar las deudas que contraemos por la culpa y para dar satisfaccion cumplida á la justicia de Dios Padre, sino tambien para comprarnos el derecho y el titulo legítimo de herederos del reino de la Gloria.

De aqui nace, señores, que en aquella acerada lanza que traspasó con inhumanidad tan desusada é inaudita el costado de nuestro amoroso Jesus, no venera la Iglesia sino una llave de oro precioso que franqueó á los mortales los tesoros inagotables de las gracias que tenia como represadas ó estancadas en los senos de su misericordia, la generosidad y bizarria de nuestro amorosísimo Criador.

De aqui nace que aquella celestial inundacion de beneficios y mercedes que Dios tenia determinado derramar en sus criaturas para hacer una bizarra ostentacion de sus beneficios y piedades, no se las quiso dar ni conceder sino despues de que las vió purificadas con la Sangre del divino Cordero.

De aqui nace que la tierra viviente y racional de la humana naturaleza no explicó la asombrosa fecundidad de su terreno, ni pudo dar á luz los sazoados frutos de virtud y santidad que tenia preparados, sino despues de estar beneficiada y preparada con el riego apacible de esta Sangre.

De aqui nace que aquella multitud de almas grandes y generosas destinadas por la divina Providencia para ser con el brillante resplandor de sus operaciones hermosísimas, el mas rico ornamento de la Iglesia, no se hallaron capaces de lucir sino despues de haberse matizado y esmaltado con el carmin sagrado de esta Sangre.

De aqui nace, por último, que la graciosa variedad de estados, ejercicios y empleos, de ministerios, de sexos y edades, que forman la hermosura espiritual y prodigiosa de este mistico cuerpo de la Iglesia, no supiera jamás desempeñar su obligacion y ministerio, si no es por la virtud y eficacia de esta Sangre, la cual, comunicando su valor y santidad á los estados todos de la Iglesia, á todos los ilustra, valora y santifica, y les da su debida perfeccion y complemento. Si, señores, así es.

Si veis esa lucida tropa de esforzados y valerosos combatientes que empuñando la espada de dos filos de la evangélica predicacion, se presentan en medio de las plazas y de los templos de la gentilidad para anunciar la ley de Cristo, despreciando con generosidad las halagüeñas promesas del tirano y sus combinaciones espantosas, no buscan otra gloria sino la de testificar y rubricar con la preciosa tinta de sus venas las verdades de nuestra religion; sabed que no han bebido en otra fuente ese heróico valor y fortaleza sino en la Sangre del Costado de Jesus.

Ella fué quien les infundió tamaños bríos y quien les hizo ver que los cuchillos, las llamas, las ruedas, las cataratas y los demás horribles instrumentos que forjó la malicia de los hombres en la negra oficina de su saña, nada tienen de horrible y espantoso para aquellos que no ven la muerte sino como un tránsito forzoso que conduce á los palacios celestiales de la gloria.

Si contemplais esos pensiles religiosos de azucenas que negadas á los dulces placeres de la carne, é insensibles á los tiernos halagos con que el mundo los estaba brindando á que bebiesen en la dorada copa de los gustos y las satisfacciones criminales, os persuadiréis de que figuran en el catálogo de las inteligencias celestiales y divinas para hacer solo un coro y una clase con los ángeles; y de que no han subido á tanta altura sino porque siguiendo presurosos al Cordero que pace entre los lirios de los valles, se apacentaron y nutrieron con el licor precioso de su Sangre.

Si veis esa gloriosa multitud de anacoretas, penitentes y solitarios, que alejados de los tumultos bulliciosos de las gentes y escondidos en el retiro silencioso de una gruta ó de unos claustros, solo tratan de macerar su cuerpo y rendirlo por medio del azote, del ayuno y de la disciplina á las justificadas leyes del espíritu, sabed que no han cursado en otra escuela para aprender tan celestial sabiduría, sino en la de la Sangre de Jesus, porque ella fué quien con sangrientos caracteres imprimió en el papel de sus amantes corazones esta ciencia sagrada de los santos.

Mas, ¿para qué es cansar vuestra discreta atencion con la enumeracion prolija de los frutos que en la Iglesia de Dios han producido las benignas influencias de esta Sangre? Levantad las pupilas de los ojos hácia esa cristalina habitacion de las estrellas, y cuando hayais contado los diez y ocho millones de campeones, ilustrísimos que la están hermooseando y adornando con los verdes laureles que cogieron en el campo feliz de su martirio; des-

pues que hayais contado esos ciento cuarenta y cuatro repúblicos ilustres que triunfando del demonio, del mundo y del pecado, subieron á cantar las glorias de su triunfo ante el trono del Dios de los ejércitos; despues que hayais fijado vuestra vista en esa prodigiosa multitud de héroes nobilísimos que la están habitando, preguntadles quién los condujo á aquellas felicísimas moradas del empero ó por merced de quién tuvieron francas unas puertas que cerradas por los candados de la divina indignacion por muchos siglos, no le dieron entrada á ninguno de los hombres, y todos os dirán que la Sangre del divino Cordero Jesucristo. Os dirán que esa Sangre fué quien los lavó y purificó de la asquerosa mancha que heredaron de su primer padre. Os dirán que ella fué quien les tegió el vestido y la estola nupcial con que se hicieron dignos de la gracia y de la amistad del Todopoderoso; y os dirán, por último, que ella fué quien los condujo á tomar posesion del Reino que Jesus les habia prometido en los palacios de la Gloria, y que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo.—AMEN.